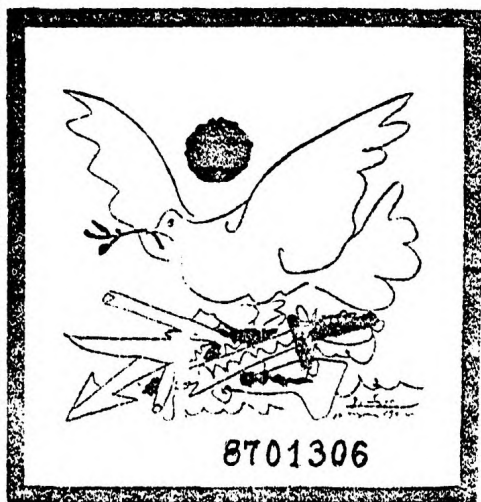


Dos o tres reflexiones acerca de un acontecimiento que hará historia

R O D N E Y A R I S M E N D I





SEGUNDA EDICION

COMISION NACIONAL DE PROPAGANDA
SE TERMINO DE IMPRIMIR EN ABRIL/87

DOS O TRES REFLEXIONES ACERCA
DE UN ACONTECIMIENTO QUE HARÁ HISTORIA

- 1 -

John Reed acuñó para su impar testimonio un título evocador que se grabó en la gran historia. No pretendemos equiparar el XXVII Congreso del PCUS, consecuencia no muy lejana del asalto al Palacio de Invierno, con la clausura de la "prehistoria social de la humanidad". Empero, todavía no cerrado el séptimo decenio de esta época signada por el genio de Lenin, los comunistas soviéticos se preparan —entre cáusticas exigencias consigo mismos— a convertir los próximos quince años en una etapa cualitativamente nueva en el curso de la formación económica y social comunista. Es decir, marcar un punto nodular, de corrección, continuidad y cambio célérico del socialismo desarrollado, para el cual la revolución científica y técnica servirá de garrocha de la "aceleración del desarrollo", del perfeccionamiento de las relaciones sociales, del ajuste ampliatorio de los nexos políticos entre el Estado y el pueblo a través de la profundización de la democracia y la autogestión socialistas, o sea, de la participación directa y orgánica de las masas en el ejercicio del poder político y en la administración de bienes vitales relativos al bienestar, la vivienda, la salud, la enseñanza, la culturización del uso del tiempo libre, etc.

Los ingresos de los trabajadores y jubilados, incluyendo la porción de los fondos sociales de consumo —que nunca dejará de crecer— subirán considerablemente. El cultivo multilateral del hombre —en el ámbito físico e intelectual— ahondará la naturaleza humanista del régimen ("la raíz del hombre es el hombre mismo", escribió Marx).

Otra vez en su breve historia —de exploración social de una "terra incognita", de proezas, de milagros vueltos ciencia y realidad, y también a veces de errores y tragedias— los comunistas soviéticos y su pueblo, se aprestan a tramontar el siglo XX en tres quinquenios capaces de conmover el mundo. Y ello, en este siglo XX, en el que para tal obra, es menester la paz ya que "por un lado, el impetuoso desarrollo de la ciencia y la técnica abre posibilidades inauditas de dominio de las fuerzas de la naturaleza, de mejoramiento de las condiciones de vida de la humanidad. Pero por otro, el "ilustrado" siglo XX ha pasado a la historia con tales engendros del imperialismo

como las guerras más sangrientas, el desenfreno del militarismo y el fascismo, el genocidio y el infortunio de millones. En el mundo del capital, la ignorancia y el oscurantismo van del brazo de las altas conquistas de la ciencia y la cultura. Y esta es la sociedad de la que tenemos que ser vecinos, buscando los medios para la colaboración y el mutuo entendimiento. Así lo ha dispuesto la historia" (Gorbachov).

Si pensamos en la exigüidad de los plazos y la grandiosa dimensión cualitativa de la faena se puede calificar, sin uso del floripondio, de nueva epopeya el objetivo señalado. Es verdad, que no partimos de una sociedad fracasada en la agonal comparación con el capitalismo. Y que además solo podrán objetivarse tales planes con el protagonismo entusiástico de todo el pueblo. Por esto, el Congreso fue magna asamblea de iniciativa, crítica y autocrítica, de estímulo de la impetuosidad --a veces frenada o diluida-- de las masas creadoras de la historia. Es evidente que este gigante, de múltiples etnias y nacionalidades, está en movimiento. Hazañas de tal magnitud no son nuevas para el hombre del socialismo, pese a restos de excrescencias o deformaciones que el congreso estigmatizó. El hombre del socialismo corrió la más abrupta carrera de obstáculos y supo recoger el laurel. ¡Cuántas son las pruebas que hoy pueden invocarse por inspiradoras! La revolución socialista, la intervención extranjera, la construcción, la guerra contra el nazismo que salvó a la humanidad, la reconstrucción y el desarrollo. De otra manera: las ideas de Marx y Engels pasaron a praxis histórica. El camino fue desde el dominio del alfabeto hasta la conquista del Cosmos, desde el brujío de los pueblos ignotos hasta la ciencia de vanguardia, desde el arado de madera hasta la electrónica, la energía nuclear y la biotecnología, desde el asiatismo y el feudalismo, en algunas regiones, hasta el socialismo. El socialismo ha triunfado en aquello que lo identifica históricamente: la liquidación de la explotación social y nacional. Como lo concibiera Lenin, nuestra época es el gigantesco recambio de los sistemas sociales. En cuatro continentes se edifica el socialismo o se inspiran pueblos en sus orientaciones. Y en esta etapa cualitativamente nueva, toda la comunidad socialista participará.

Más allá de diferencias (niveles de desarrollo del socialismo, tamaño de las dificultades, lo específicamente nacional, etc.), los problemas de la intensividad de la producción y de su "cientificación" estuvieron presentes en otros congresos, y se registraron anticipos en la reunión del CAME de diciembre de 1984 donde se definieron direcciones comunes de automatización integral, computarización de nuevas generaciones, electronización de la economía, promoción de

la energía nuclear y la biotecnología, etc., entre otras mudanzas que materializan aquel planteamiento de Marx, de la ciencia como fuerza productiva directa que se va tomando cualidad rectora de la producción. Desde los años 60, la URSS y los países socialistas pasaron a ser factores decisivos del proceso histórico. ¡Pensemos en el mundo del año 2000, acerca de la gravitación del socialismo como sujeto de la historia, en el despliegue de las fuerzas motrices de nuestra época!

La estrategia de "aceleración" es el eslabón de la etapa, entre dos coordenadas: a) la reconstrucción técnica y científica de la economía, con repercusiones modificadoras en toda la sociedad, especialmente en el plano político y espiritual, y, b) el pasaje de "la paz del miedo" al estatuto de la coexistencia y la seguridad general que propone puntualmente Gorbachov.

¿Qué hay pues de extraño que —en el capitalismo— los centros manipuladores de la opinión se revuelvan febricantes en su lecho transpirado? Asombro, seguido de silencios. Fingidos gozos y hasta goces por las autocríticas de insuficiencias, errores, esclerosis dogmática, pasividad espiritual de ciertos dirigentes, burocratismo, retardos en la reconversión tecnológica, tardía renovación de cuadros, retraso en la enseñanza (la primera del mundo en cuanto a su mutación politécnica), perplejidad de dirigentes —a veces por todo un lustro— ante los nuevos fenómenos de la desaceleración y de la maduración de las relaciones socialistas. Pero ¿quién se atrevería en el capitalismo a convocar a todo lo más representativo para meter el dedo implacable en todas las llagas? Sin hablar de la esencia misma antagónica de cada sistema. La autocritica y el estímulo de la crítica es virtud y emblema de los fuertes, de quienes pueden mirar al fondo de los ojos a sus propios pueblos y al porvenir.

La autocritica no es novedad en el marxismo-leninismo. Marx la consideró una virtud distintiva de las revoluciones socialistas. Lenin la erigió en metodología y en estilo de dirección y gobierno. Los discípulos de Lenin nunca temieron a la verdad desnuda. Y la han profundizado, a veces, luego de espectaculares victorias. No se trata del fracaso. Como tampoco es cierto que el Congreso otorgó razón a quienes aseveraron que estaba agotado el ímpetu inspirador y creativo del socialismo real. Acerca de esto responde la esencia de la época y el avance de las revoluciones en casi toda la tierra.

Nada más ajeno de la visión idílica que nuestro pensamiento eminentemente crítico.

¿Por qué entonces tal énfasis que deliberadamente redujo espacio en los informes, a los éxitos más comprobados?

La primera respuesta la elaboró Perogrullo: para corregir defec-

tos y ser implacable con todo lo negativo: el Paraíso no existe y la historia la hacen los hombres. Pero la segunda, toca la esencia del problema: la autocrítica es parte indispensable de la preparación para el cambio cualitativo, que es un descomunal desafío, en primer término, a la dirección del Partido y del Estado. Sin el rigor crítico no podrá lograrse la tensión de fuerzas para resolver un problema que es a la vez material y subjetivo.

En la sociedad socialista han madurado exigentes las premisas para su perfeccionamiento. A este nivel del desarrollo del socialismo y en la carrera con su antagonista histórico, es imposible la mudanza estratégica sin la autoexigencia y sin convocar al pueblo y el partido, actor principal de todas las hazañas prometeicas, el de todas las gestas desde Octubre, que construyó en harapos las catedrales iniciáticas del socialismo, el Neoprovtroi y Magnitogorsk, el vencedor del nazismo y el escalador del Cosmos. Y este es un pueblo no sólo heroico, sino mayoritariamente intelectualizado, si tomamos en cuenta la extensión —según UNESCO— de su enseñanza y cultura. Este es un mérito del XXVII Congreso y es el gran mérito personal de Gorbachov.

— II —

En el terreno propiamente teórico, el informe, la nueva redacción del Programa y los Estatutos, y otros documentos, significan un esfuerzo de generalización marxista-leninista, en su mejor virtud de enlace orgánico de principios y creatividad. Desde el ángulo formal —aspecto que Lenin y especialmente Marx siempre apreciaron— alegra por la frescura de estilo y el horror al tedio de los estereotipos. Entre muchas zonas de innovación indagadora, cabe mencionar algunos tópicos de manera muy ceñida:

A.— Se debe prestar atención al capítulo —clave desde el punto de vista interpretativo— dedicado a las contradicciones fundamentales del mundo contemporáneo. Sin decir que todo es descubrimiento, es posible hallar, aparte del esfuerzo generalizador, una actualización del enfoque del desarrollo del imperialismo (de un capitalismo que no es el del siglo XIX, siquiera de la mitad del XX), es decir, de las características del capitalismo monopolista de Estado en la hora de extrema internacionalización de la producción, de la transnacionalización de los monopolios, de la formación del sistema neocolonial y de la pérdida del dominio social sobre un tercio de la población mundial. Se generaliza el estudio acerca de los complejos militares industriales, distinguiendo desde el punto de vista metodológico, pero no

orgánico, y en particular a efectos de la lucha por la paz, entre la función de tal complejo (más descrito en el Programa) y el conjunto del capital monopolista. Así como se precisa —lo que apuntara Lenin en obras clásicas— acerca de la monstruosa hipertrofia del militarismo. Se estudia la peculiaridad de las crisis económicas y estructurales continuas, de la acción de la ley del desarrollo desigual en el imperialismo finisecular, de las formas de la exportación de capitales, incluyendo los críticos niveles de explotación de los pueblos, y la singularidad del papel de la deuda externa. Se examina la consustancial tendencia a la reacción, que Lenin observara en el imperialismo, y que hoy adquiere extremos de ferocidad sanguiñaria, fascismo y "revancha social". En fin, parangona las consecuencias globales de la revolución científica y técnica en ambos sistemas antagónicos... Interesa el diagnóstico, los niveles, cada vez más globalmente críticos de la explotación del llamado tercer mundo, incluso retomando la tesis de Lenin del uso de los superbeneficios fabulosos, para reducir las tensiones en los centros del capitalismo industrializado.

B.— El problema cardinal de la guerra y la paz se sitúa a partir de un enfoque teórico y político innovador y audaz, de un cambio de mentalidad, según el informe. Se reitera la tesis clásica del imperialismo como causa de las guerras de agresión. Pero se ensancha el ámbito y el poder de las fuerzas susceptibles de cambiar la correlación que impida la hecatombe nuclear. Se reiteran propuestas a ese nivel. Y no sólo, como recordara Engels acerca de las epidemias, ya que en el incendio nuclear el rico morirá igual que el pobre. No hay duda —lo repiten sabios soviéticos y norteamericanos— la humanidad misma será calcinada. Por lo tanto, el campo de los promotores del exterminio se estrecha y el espacio potencial de los partidarios de la supervivencia del género humano se amplía hasta el horizonte. Por eso, el XXVII Congreso no habló sobre la paz igual a como lo hiciera el PCUS otras veces, desde el decreto de Lenin, sino que en esta ocasión habló en bien de la supervivencia de la humanidad. Corresponden a esta nueva realidad, las iniciativas de Gorbachov, anteriores al Congreso, para acabar con pruebas y armas nucleares hasta el 2000 y la moratoria unilateral de pruebas —que con aire de bufón macabro Reagan acaba de rechazar— y ahora el estatuto de la coexistencia pacífica y la seguridad, que el Congreso propuso para materializar el pasaje del equilibrio del miedo a la convivencia y la colaboración multilateral.

Estas proposiciones dibujan una gran frontera demarcatoria mundial. Es una oferta al mundo que ama la vida, que oja fuera, únicamente, al complejo militar industrial y a sus agentes políticos, la cúpula áurea del monopolismo más desenfrenado, que desempeña el

papel de los grupos imperialistas más agresivos que en su hora parieron el nazismo. Eisenhower —por cierto bien reaccionario e imperialista— reflexionó con pánico, antes de concluir su presidencia, acerca de ese monstruo que precisamente él bautizara como complejo militar industrial. Es el que acumula sobrebeneficios de cientos de miles de millones de dólares, y crea el sobresalto bélico internacional, produciendo el horror termonuclear, bacteriológico y químico. Incluso ahora la vesanía de la guerra de las galaxias. El sueño de la razón engendra monstruos, según un pintor famoso.

Las frases casi aforísticas del informe de Gorbachov son, empero, tremendas: "la lucha contra el peligro nuclear no tiene alternativa" ... "el carácter de las armas modernas no deja a ningún Estado posibilidad de defenderse" ... "con las armas nucleares cada día más el hombre va siendo prisionero de la casualidad"...

Hay que luchar por la paz "con porfía", "con imaginación", "con una nueva mentalidad" que excluya "el golpear las puertas" ante cada provocación deliberada, promoviendo inclusive "una interacción constructiva de Estados y pueblos a escala planetaria", para resolver lo que el Informe categoriza como "contradicciones a escala global", es decir, aquellas de proyección ecológica u otras de deterioro de la naturaleza ante la nueva circunstancia tecnológica, o de acabar con el hambre en los países emergentes, incluso de exploración pacífica de los mares y el Cosmos.

La repercusión de este enfoque (franco y profundamente humano) en la gente sensata ha sido conmovedora, a pesar de los decibeles frenéticos con que se pretendió desfigurarlos. Desgraciadamente, en las mismas horas, el Congreso debió verificar, una vez más, la aseveración de Gorbachov: "la locomotora del militarismo sigue siendo EEUU y su máquina militar industrial, que por el momento no piensa dejar de incrementarse". Claro es, advirtió Gorbachov que "no confundimos los intereses de este complejo con el pueblo y la nación de ese gran país".

El presidente Reagan rechazó la iniciativa acerca de las pruebas nucleares y emprendió luego —tras la seudoteoría del neoglobalismo— la tarea de echar bencina al fuego de todos los conflictos y agresiones. En la boca sin principios del presidente, Jorge Washington pasó a tener como émulo a Jonás Savimbi, a los genocidas de todas las latitudes o a los somocistas y mercenarios que atacan a Nicaragua. "Yo soy el más Contra de los Contras", proclamó casi con lascivia el excowboy de película. El neoglobalismo, cortina de humo para evitar el diálogo pacífico y acelerar la carrera de armamentos, es a la vez estrategia agresiva —esta sí global— de intervención militar y promo-

ción contrarrevolucionaria. Reagan llegó al extremo de bombardear a Libia, de enviar navíos de guerra a las aguas soviéticas, de establecer más tropas en la frontera nicaragüense, etc. Y a la vez se movió cínicamente de los gobernantes latinoamericanos representados por Conchita y el Grupo de Apoyo. Es decir, ostentó ante el mundo su plan beligerante de predominio en guerra contra todo lo progresista y liberador. Luego de Ginebra y las propuestas soviéticas exhibió otra vez su propósito de dominar el mundo y calcar (si puede) el socialismo, en el sacrosanto altar del dólar. Detenerlo es faena de la humanidad, de la coincidencia de pueblos y estados en favor de la paz, y contra el monstruo nuclear. El milagro que casi fenece, tiene fuerzas para ello: son las llamadas, por el programa, "fuerzas motrices del desarrollo social" —el socialismo mundial, el movimiento obrero y comunista, los pueblos de los estados emancipados y los movimientos democráticos masivos ...". A esas fuerzas motrices se suma todo lo sensato del mundo.

Las fuerzas más regresivas del imperialismo amenazan destapar la caja de Pandora de la hecatombe nuclear jugando, como tiburón borracho, la suerte de la vida misma sobre el planeta. Construir un sistema de paz y seguridad general, es decir salvar la vida, es el mensaje militante del XXVII Congreso a todos los hombres de buena voluntad.

C. — La estrategia de la "aceleración" es toda ella, recreación de práctica y teoría, y es sin duda la aportación más creativa del Congreso.

Cabe, no obstante, algún interrogante para precisar un tópico central: ¿el XXVII Congreso ha planteado, de manera más concreta el problema de las fases, es decir, de la maduración plena del socialismo y su tránsito a los umbrales del comunismo? La respuesta primaria se halla en la simple lectura de la segunda parte del Programa: "Tareas del PCUS para perfeccionar el socialismo y pasar gradualmente al comunismo".

El texto subsiguiente —en el que se encuentra una definición del comunismo— reitera lo escrito por Marx y por Lenin acerca de las dos fases, reafirmando una vez más que "no hay límite estrictamente marcado: desenvolver el socialismo, poner de relieve y aprovechar cada vez más plenamente sus posibilidades y ventajas, fortalecer los principios comunistas generales que le son propios, significa avanzar efectivamente hacia el comunismo". Y en el informe de Gorbachov se lee: "Corroboran (la redacción actualizada del Programa) los principales objetivos del PCUS, las leyes fundamentales de la edificación comunista y al mismo tiempo una intelección creadora de

la experiencia histórica atesorada, la elaboración de una estrategia y una táctica correspondientes a las peculiaridades del momento crucial en que vivimos”.

En cuanto a la polémica acerca de la categoría socialismo desarrollado, la admite y considera que la Unión Soviética transita esta etapa.

Las lecturas son obvias y con ellas podría concluir nuestro comentario. Pero hace falta decir algo: Gorbachov se previene y golpea con las dos manos. Por un lado, contra aquellos que soñaron saltar etapas y cayeron en las descripciones excesivas propias de la utopía (algunas fueron borradas del Programa), y por otro lado, contra la convivencia con errores viejos y nuevos, cargados a las anchas espaldas de las presuntas culpas objetivas de la fase socialista. Pienso que el Informe y la nueva redacción superan la idea rudimentaria de los llamados “brotes del comunismo” relacionados con niveles de atención social y, de baratura y gratuidad de ciertos servicios (desde vivienda a enseñanza) para concebir más profundamente el proceso de gestación de una fase —orgánica— en el seno de la otra, o sea, en su globalidad, es decir, en los índices dialectizados que esbozaran Marx y Lenin. Pareciera que debemos entender este llamado al realismo y esta certidumbre de perspectiva, como un enfoque teóricamente crítico, y, prácticamente, como un problema de base material y técnica, de relaciones socialistas maduras y de modificación profunda del hombre, en su actitud ante el trabajo y en la marcha hacia la superación de contradicciones y alienaciones milenarias. He aquí por qué la “aceleración”, la maduración de las relaciones socialistas y la actitud ante el trabajo van adelantando el planteamiento del tema del comunismo, en tiempo de estos quinquenios, destacándose, de modo mucho más concreto, la gama que va desde el cambio de mentalidad hasta la promoción de un auge de la “autogestión socialista”. Sería interesante hurgar, dándole cierta organicidad, desde este punto de vista, todas las formulaciones del Informe y el Programa que van diversificándose en tareas hasta el año 2000 (a partir de la reconversión plena técnica y científica de la economía, es decir de las precondiciones de la abundancia basadas en el apogeo de las fuerzas productivas y la productividad, hasta el encare de la actitud ante el trabajo; o desde la tecnificación del campo y de sus condiciones de vida hasta la elevación científica y técnica, intelectual y moral del trabajador con la superación de las diferencias esenciales entre la ciudad y el campo, y entre el trabajo manual e intelectual...) Cabe señalar que, el Programa alude como objetivo concreto de la superación de las diferencias principales (contradicción) entre la ciudad y el

campo, al prever que ello ocurrirá "en el marco histórico de la primera fase de la formación comunista, la socialista", durante el proceso en que a la vez desaparecen las clases y se nivelan la clase obrera, el campesinado y la intelectualidad ... Es decir, y no he estado más que ejemplificando, que hay un nexo orgánico entre la presente etapa y la perspectiva esbozada por Marx en la "Crítica del Programa de Gotha" y por Lenin en "El Estado y la Revolución".

Hablar de esa gigantesca mutación futura puede parecer sueño o lucubración vacía en un Congreso que discute acrememente los problemas del perfeccionamiento del socialismo, incluso cuando se exige críticamente la aplicación plena de la ley de remuneración y distribución "de cada uno según sus capacidades, a cada uno según su trabajo". Y cuando se habla de erradicar el parasitismo y otros defectos así como la creación masiva de la conciencia de propietario social, todos ásperos puntos críticos del Congreso. Sin embargo, es miopía no advertir el nexo profundo entre la estrategia hasta el año 2000 y la creación de premisas en la vía más realista y actual hacia la fase comunista. "El Partido correlaciona continuamente con el porvenir comunista —escribe el Programa— su política, su estrategia económica y social y las tareas del trabajo organizativo e ideológico".

La misma reiteración en el Programa de las tesis clásicas sobre la evolución del estado al "no estado" (Engels y Lenin) y acerca del perecimiento de éste en sus funciones políticas y de coerción, cuestión teórica que se complica por la división del mundo en sistemas antagónicos, no puede detenerse sino que darle torrencial impulso en todos los campos a la exigencia de la mayor participación del pueblo en la gestión pública, inclusive actualiza temas bastante descuidados como la que se refiere al tránsito de un régimen para el pueblo a un régimen por el pueblo. Yo diría que parece indispensable volver a releer todo lo escrito por Lenin acerca de las características de los Soviets, como forma de estado de nuevo tipo y sistema más ancho y profundo de democracia.

Fidel Castro dijo cierta vez que sin la Revolución de Octubre no hubiera habido Revolución Cubana. No se refería a los hechos mismos del proceso insurreccional, obra exclusiva de los cubanos y el propio Fidel. Se refería a problemas de la gran historia. Y no sólo porque después la ayuda soviética y de los países socialistas contribuyó decisivamente a la defensa y consolidación del régimen, bajo la nariz del monstruo, sino también porque la presencia del socialismo y su incidencia victoriosa en la relación de fuerzas mundiales, aparejó la afirmación de un sistema de estados socialistas, la destrucción del sistema colonial del imperialismo y el nacimiento de numerosos estados liberados, permitiendo la posibilidad misma de la emergencia emancipadora de América Latina. El continente clásico de la dependencia - según estudios de Lenin— se incorporó protagónico al tras-tueque revolucionario del mundo. Más de una vez, hemos afirmado algunas verdades primarias en cuanto al continente, que en algo hoy repetiré:

A.— La Revolución Cubana en su doble función de miembro de la comunidad socialista y de punto de apoyo y promoción de la unidad por la autodeterminación económica y política de nuestros pueblos, es el más importante acontecimiento de nuestra historia desde la guerra de independencia. Y su advenimiento augural influye en los dos rasgos entrelazados de nuestra revolución: su diversidad en singularidades nacionales y su peculiar unidad esencial que permite hablar del proceso revolucionario continental y obliga a una estrategia común frente al imperialismo de EE.UU. A partir de Cuba esto tornóse evidente. Hoy, a nadie se le ocurriría, como sucedió a veces en los años 60, contemplar la Revolución Cubana como un fenómeno aislado, sin reflejo obligatorio sobre el continente, algo así como una casualidad histórica o el temblor del único territorio sísmico de América Latina. Fue un amanecer, ruptura en un punto nodular del dominio imperial e inicio victorioso de la segunda guerra de independencia. Es decir, de toda una era de revoluciones nacionales, democráticas y socialistas y procesos de cambios independentistas que potencialmente abrazarían todo el sur del río Bravo. Por lo mismo, y por ser una auténtica revolución, Cuba inaugura en un nuevo momento cualitativo esa dialéctica de revolución y contrarrevolución que nos impone Estados Unidos, de cuyo imperio somos fundamental zona de dependencia. Si arrancamos de mediados de la década de los 50 --Bolivia y Guatemala— esta unidad y diversidad del proceso revolucionario y su cruda dialéctica donde el ant imperialismo y la lucha

las clases se entrelazan, se confirmaron por tres décadas en que nuestros pueblos actúan en el proscenio de la borrasca política y social, hasta para el dogmático más incorregible y el eurocentrista más recalcitrante. En la hora del VII Congreso y su análisis acerca de los niveles de desarrollo capitalista y de explotación de nuestro continente, se marcan más la desig. l temperatura social, la variedad de momentos políticos, de objetivos tácticos y de metodología, de gravitación de la clase obrera y de las fuerzas revolucionarias y los partidos comunistas en cada país o zona. Pero hace más ostensible la unidad del proceso continental ante las reiteradas ofensivas y contraofensivas del imperialismo de E. UU que exigen posiciones comunes de pueblos y estados. El frenesí explotador e intervencionista y la ferocidad contrarrevolucionaria del gobierno Reagan, especialmente sobre Nicaragua y El Salvador, sin olvidar la eterna y dormida "guerra" contra Cuba y la degollación de Granada, añaden a esta el continente aunque adopten, en ciertos casos, otras formas. El apoyo a Pinochet y Stroessner, el despliegue bélico, los planes de conspiración antidemocrática y antinacional contra muchos países del sur, la extorsión económica, la guerra psicológica y la penetración de las fuerzas armadas, y la no siempre silenciosa financiación del fascismo, etc., son índices que muestran la dureza y la complejidad de nuestra lucha. Pero por otro lado, nuestra revolución y nuestra brega patriótica y democrática han entrado en un nuevo período histórico. Otra vez el temporal democrático y revolucionario, la ampliación y agudeza de los impulsos a la autodeterminación económica y política y el ensanchamiento de nuestro antagonismo con el imperialismo, en particular de Estados Unidos, maduran los puntos nodulares de una nueva etapa.

Fue absorbida la contraofensiva del imperialismo y el fascismo, que en el alba de los años 70 abarcó Chile, Uruguay, Argentina y Bolivia, que se sumara a Brasil y a las tiranías centroamericanas y del Caribe (contraofensiva subestimada en cuanto a su proyección continental e internacional, incluso el llamado, a veces púdico, a tales gobiernos de dictaduras de derecha). La derrotó un cambio de calado histórico, la Revolución nicaragüense, y tras ella las mutaciones se extendieron a todo el continente: la insurgencia salvadoreña, la eclosión del pueblo chileno, el efíso heroísmo guatemalteco, la caída de gran proyección de las dictaduras fascistas del cono sur, han sido seguidas por la explosión popular en Haití . . . Sumémosle —y sepamos valorarla— la ampliación de las contradicciones de pueblos y gobiernos con la Administración Reagan y su política feroz, cínica y brutal, en particular respecto a Nicaragua. Sin llegar a un antimpe-

rialismo radical o al menos expreso, lo que ocurre con Contadora y el Grupo de Apoyo es un fenómeno nuevo en América Latina. ¡Si hasta la OEA condenó el bloqueo a Nicaragua! Prácticamente son todos los gobiernos democráticos de América del Sur, más México, los involucrados en la resistencia ante Reagan y su complejo militar industrial. La deuda externa es factor precipitante. Destaquemos que en tales países se hallan los más altos niveles de desarrollo capitalista y en algunos, un elevado protagonismo obrero y popular. En las horas sombrías en que una jauría de dictaduras fascistas mordían en tortura y empapaban en sangre a América del Sur, nos atrevimos a señalar que ello significaba una gran derrota para el proceso liberador, pero que nuestros pueblos resistirían y que, a la vez, tales tiranías estrechaban las bases sociales, políticas e ideológicas de la dominación imperialista. La vida nos dio razón en cuanto a la amplitud, a nivel nacional y democrático general de nuestro combate, como en cuanto a la exigencia imperiosa de enlazar esa lucha a la formación o desarrollo de los frentes ant imperialistas y de los partidos comunistas.

B.— Hoy nadie —“ni ebrio ni dormido”— puede pensar que tan reiterada conmoción, que incluye gigantescas explosiones de masas como en Uruguay, Chile, Perú y otros países y que atarca auténticas y condicionadoras revoluciones socialistas y ant imperialistas (pienso en Cuba y Nicaragua, pero también en Chile y Granada derrotadas), sean fenómenos aislados, una especie de departamentalismo histórico latinoamericano, y mucho menos creer en la ausencia de una base material determinante y de un nivel de maduración subjetiva nacional y democrática, con determinados componentes socialistas, que ha ido acumulando fuerzas. Masas obreras en lucha y un grado atrasado, pero existente, de movimiento agrario, alineamiento intelectual en obra y militancia, multitudinarismo estudiantil y juvenil e irrupción como heroínas y mártires, pero también como masa, de la mujer, experiencia política y militar desde Cuba hasta Nicaragua y América Central, incluida la escuela de los años 60 de guerrillas y guerrillerismos, pero también de quiebra de ideas rutinarias y de pérdida de perspectiva revolucionaria. Entre otras maduraciones, ha crecido la conciencia de la indispensable unidad de las fuerzas democráticas y ant imperialistas, de la cual es ejemplo en el nivel insurreccional El Salvador, y que se expresa como fuerzas políticas reales en el Frente Amplio de Uruguay, la Izquierda Unida de Perú, el MDP de Chile, la Unión Patriótica de Colombia y otros ejemplos.

¿La base material? El capitalismo ha crecido y seguirá haciéndolo, pese a sus deformaciones, condicionadas por el atraso de relacio-

nes agrarias latifundistas y ciertos residuos precapitalistas y por la dependencia, en particular de EEUU. En la hora de la transnacionalización y la monstruosa deuda externa —tan brillantemente denunciada por Fidel, y ella misma síntesis de las relaciones de dependencia—, la crisis de las sociedades latinoamericanas es de carácter global y solo superable en profundidad por la revolución. Esta verdad irapelable no obsta para advertir que puede ser enfrentada en ciertos planos con reformas estructurales, con el repudio de la deuda externa y la línea del FMI, con medidas democráticas generales, con la promoción del progreso social y la lucha por la integración latinoamericana y el nuevo orden económico internacional (por lo demás, préstese atención a la frase de Gorbachov, que se refiere a potenciales nuevos centros de la economía capitalista mundial y al Programa, que nombra al respecto directamente a América Latina). Las democracias renacidas deben consolidarse, pero avanzar. Y la profundidad de nuestros objetivos nacionales no pueda aparecer en contradicción con una estrategia continental de paz y antimperialismo. Los problemas sociales del continente no pueden ahogarse en sangre y hoy frente al imperialismo de EEUU se trata de independencia política y económica y de democracia, que se une a la explosividad de la cuestión social. Nuestros pueblos, donde Cuba es ejemplo de socialismo, aspiran a no ser mendigos sobre troncos de oro como los describiera Humboldt.

Fidel, en torno al crítico tema de la deuda externa, nos dio un sagaz alerta. Gorbachov habla de "talegos de oro" que pueden convertirse en "barriles de pólvora". Son imágenes literarias, pero tienen un agudo sentido de síntesis social.

El dinamismo político latinoamericano que las amenazas del imperialismo de EEUU, en particular sobre Nicaragua, está acelerando, obliga —como en las horas en que luchábamos contra el fascismo— a saber enlazar dialécticamente una estrategia de amplitud con una de profundidad. De amplitud hasta un frente de pueblos y gobiernos, de profundidad hasta saber unir en un frente todas las fuerzas motrices de la revolución democrática y antimperialista. Así procedimos en Uruguay: se unió la nación entera contra la dictadura y avanzaron a la vez, cargados de gloria y heroísmo, el Frente Amplio y el Partido Comunista.

El XXVII Congreso del PCUS y el sistema socialista gravitarán —ejemplo y coincidencia histórica— en la brecha latinoamericana. Que el año 2000 sea para nosotros de advenimiento, más allá de la sombra que nos cae del "Norte revuelto", tal lo nombrara Martí.

009/9.

- o o -

870130

S/T/C

**Dos o tres
reflexiones
acerca de un
acontecimiento
que hará historia**

El XXVII Congreso del PCUS

002